

Hé milli ko sevem ouna ibé kéléké,
kassoro ibasso

Reflexiona bien en aquello por lo cual peleas
porque muy bien lo puedes ganar.

“La imagen es una superficie, pensó Stefan, abajo había algo muy distinto.”

EL REGRESO DEL PROFESOR DE DANZA, H. Mankell

¿Sí, pero qué? Hoy que hago el balance, aguzando una vez más la mirada, cuadrando esa memoria sobre mi memoria y mis “memories”*, fijo negro sobre blanco el cómo y el por qué de esta pequeña empresa.

El cómo: ordenar, clasificar cuarenta años de fotos tomadas por una aficionada un poco miope, hija de un medio familiar donde la fotografía ha servido de historia. Se trató de ordenar, de clasificar positivos y negativos, diapositivas, algunos 6x9 encontrados durmiendo en una valija o álbumes, fotos tomadas al calor de una vida plena en movimiento, de largos recorridos por aquí, por allá o acullá. Después, tras esas representaciones fotográficas, se trataba de fabricar un objeto y agregarle algunos signos de puntuación, puntos de vista, *close ups* y pequeñas suites.

El porque es simple: un fuerte deseo, al cual se agrega el ánimo afectuoso de los unos y de los otros, para recomponer el camino de una vida a través de las fotografías reagrupadas aquí, encontrando las correspondencias transparentes pero también las imágenes movidas, a veces absurdas, rara vez reencontradas. Y esto, de un lado a otro del lago Lemán, Suiza, a través del mar Mediterráneo, de un lado a otro del Atlántico, en la “rive droite y rive gauche” del Sena. Moverse sin avanzar, río arriba, río abajo, a lo largo de mi simple vida.

Recordar, en fin, el trabajo analítico que me ha hecho amar las palabras, en particular la palabra “cliché”; hacer, según el vocabulario técnico, del “negativo” una imagen transformada en “positivo” en la oscuridad de un rudimentario pero esencial laboratorio personal. Recordar y recordarme que por la gracia del “revelado”, en español, todo el desarrollo de las imágenes es una “revelación”, o sea “Apocalipsis” en griego.

En este cuaderno transformado voluntariamente en libro, yo libro miradas legibles, visibles para aquellos que quieren buscarme y encontrarme.

Véronique Godard

El título que originalmente escogí para mi libro fue *Best Regards*, de tal forma que Agnès Varda y Luce Vigo escribieron sus ensayos con esa frase en la mente. Sin embargo, justo cuando el libro estaba a punto de irse a la imprenta, nos dimos cuenta de que ese título ya estaba registrado en el Instituto Nacional de la Propiedad Industrial de Francia.

Ante esa circunstancia, Ediciones Filigranes y yo decidimos buscar un nuevo título aunque ya fuera demasiado tarde para que Agnès y Luce rescribieran sus ensayos.

Gracias à Christopher M. Domínguez para su traducción al español.

*en inglés

Siempre es agradable descubrir al comienzo de una serie de fotografías una imagen del amanecer. siempre, digo, no es lo mismo que raro. Y este es un libro raro que nos propone una mujer con nombre propio de flor y con el apellido de un cineasta suizo.

Pasamos de un país a otro, de una fecha a la otra. Tienen, lo mismo los países que las fechas, el aspecto de venir en desorden, como los recuerdos vienen al espíritu de Véronique cuando ellos quieren –o cuando ella los llama– para ser transformados en fotografías, tomadas e impresas para ser después miradas, observadas otra vez y reinventadas.

Hay en este proyecto una gran intención de ordenar, de poner en escena cada página para su placer y para el nuestro, así que a veces la información pasa a segundo plano. Las fotografías nos llegan de dos en dos y es precisamente ese cara a cara, en cada doble página, en lo que consiste la fuerza de este bello libro de imágenes.

A veces impera una sencilla similitud: un poco de luz se filtra entre dos muros, entre dos casas. Si el azar ha permitido tomar a cierta persona cerca del Thesion de Atenas (¿sería una estatua?), no es por azar que a ésta la reencontremos en este álbum al lado de una muchacha en la City de Londres (¿un maniquí puesto sobre la acera?). No, es Véronique organizando sus recuerdos, sus colores o los contrastes de sus blancos y negros.

O quizá Véronique se divierte. En Nueva York, las dos camisetas de los mudaneros gemelos son blancas. En México, un chavo lleva una camiseta blanca, el otro un pantalón blanco. Y transportan un espejo donde se ve la calle con... Creo percibir dos paneles blancos, como propaganda electoral que se seca... (En las imágenes un poco vagas, es muy cierto que cada uno imagina y nombra aquello que quizá representa otra cosa. La imagen ya no le pertenece a su autor).

Hay que darse el tiempo de mirar atentamente la correspondencias, las rimas y las respuestas de estas parejas de imágenes que han sido escogidas tras una selección rigurosa. Le place también a esta fotógrafa amateur (¿qué quiere decir amateur?) mostrarnos ocho veces las bardas rojas del Central Park. El otoño está pintado sobre los postes pero no sobre las hojas al sol.

De tiempo en tiempo, hay una gran fotografía que invade el álbum abierto y para terminar una sola pequeña imagen, el mar.

Una mirada sobre el mar. O quizá, *el océano atlántico, un retorno.*

El cielo está todavía claro, el día no ha terminado, el viaje no ha terminado. Viaje como jornada, como *Best regards.*

Agnès Varda

Es usual concluir una carta, cuando el destinatario no es necesariamente muy próximo, con esa fórmula inglesa de uso múltiple: *Best regards.* Pero antes de ofrecernos sus fotos, nunca tomadas como lo haría un turista, Véronique Godard parece querer decirnos algo, con ese *Best regards* incongruente. No cualquier cosa transmitirnos imágenes que develan a la fotógrafa mientras nos hablan de un mundo que ella ha conocido de manera manifiesta, en el cual ha vivido, ya sea en México, Grecia, Chile, Francia o Suiza, a donde las circunstancias de la vida o sus elecciones personales la han conducido.

Lo que sorprende, cuando uno abre el libro, y lo que uno recorre con la prisa de descubrirlo todo a la vez, aberación inevitable, es una de las singularidades de estas imágenes: están vivas, siempre en movimiento, cuando lo propio de la fotografía es detener el movimiento, fijarlo en un cuadro. Y cuando uno retoma, de una en una, estas fotos, el sentimiento de movimiento perdura casi siempre. Abierto sobre un amanecer en Creta con esa particular luz matutina lista a iluminar las enramadas de los árboles, en el corazón de la foto, el libro se cierra sobre una extensión de agua rodeada de olitas, el Atlántico que reconduce Véronique Godard hacia el retorno, en aparencia más definitivo, hacia su hogar quizá parisino. Entre esas dos imágenes, otras, una multitud, dialogan entre ellas y nos hablan tras haber retenido el ojo de la fotógrafa. Se asiste así a los juegos de escondillas, a las “miradas de foto” deliberadas o medio escondidas, como aquella de una muchacha o esa de un hombre capturado en su malestar de encontrarse frente a un cámara en manos de una mujer, o ante los rostros con sonrisas francas.

El blanco y el negro dominan, lo propio para hacer sentir la rudeza de ciertos pasajes y, por contraste, hacer estallar los colores –de casas pintadas, de ropa que se seca– que nos maravillan en tanto ese montón grisáceo que podría ser un gran jardinera y que, mejor visto, resulta un vasto conjunto de hombres y mujeres.

Los muros también nos hablan, desnudos o cubiertos de palabras, como en mayo de 1968. Conociendo el nexo tan fuerte que Véronique tiene con el arte cinematográfico, no es sorprendente descubrir, en un suburbio de México, un cine hecho de lámina, la taquilla improvisada al exterior o otra, más sofisticada, en Guanajuato de la que sale, a penas visible, la cabeza de la taquillera.

Secreta como uno la conoce, no será sorprendente, que ella se haya esperado antes de deslizar algunas fotos familiares que se unen al conjunto sin ningún efecto particular: una mirada de niño oculta por una máscara, juegos de manos familiares, la silueta de un hombre que uno creerá reconocer y quien se aparta un poco de unas personas que peregrinan.

Best regards, Véronique Godard. Nosotros sabemos que estas fotos que son tuyas devendrán nuestras si sabemos verlas bien, mirarlas y dejarnos llevar por nuestras emociones y por nuestro placer.

Luce Vigo